

«YA ESTÁBAMOS EN LOS TIEMPOS DE LA TRANSICIÓN».
EL CAMBIO SOCIAL BAJO LOS PIES DEL FRANQUISMO:
ESPACIOS, SOCIALIZACIÓN Y DESAFÍOS
EN LA CATALUÑA RURAL (1960–1976)

Cristian Ferrer González*
Universitat Autònoma de Barcelona
cristian.ferrer.gonzalez@gmail.com

Resumen

Franco murió en la cama el 20 de noviembre de 1975. La dictadura, sin embargo, ya estaba tocada de muerte desde hacía años. El cambio político cristalizado en el cambio institucional de 1977-1978 ya se había producido en el seno de la sociedad civil a lo largo de los años sesenta y setenta, en especial en Cataluña. El medio rural catalán, lejos de la apatía y la desmovilización, vivió un intenso proceso de transición social equiparable en muchos aspectos al de la Cataluña metropolitana. Las resistencias al régimen y las luchas por la mejora de las condiciones materiales, así como el activismo cívico y cultural crítico devinieron espacios de conflicto permanente a lo largo de esos años, que irían definiendo y aumentando qué era y qué no era posible bajo el franquismo. Cuando a inicios de 1977 lo que quedaba de régimen se vio forzado a acatar su desnaturalización, el cambio era ya una realidad tangible para el grueso de la población.

Palabras clave

Medio rural; conflictividad laboral; sociabilidad popular; cambio político; antifranquismo.

* Esta investigación se inscribe en el proyecto HAR2012-31431, en el que participa el autor en virtud de una beca FPI concedida por el Ministerio de Economía y Competitividad (MINECO). Cristian Ferrer es investigador predoctoral en el Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática (CEFID) de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y es miembro del Grupo de Investigación sobre la Época Franquista (GREF). Correo electrónico: cristian.ferrer@uab.cat. Twitter: @CristianFerrerG.

Abstract

Franco died in his bed on 20 November 1975. The dictatorship, however, had already been in its death throes for several years. The political changes that were consolidated by the moves towards a democratic system in 1977-78 had already occurred within civil society throughout the 1950s and 1960s, especially in Catalonia. Far from apathy and demobilization, rural Catalonia experienced an intense process of social change comparable in many ways to that of metropolitan areas. Throughout this period, resistance to the regime, struggles to improve material conditions, and civic, critical and cultural activism became spaces of permanent conflict that would define and expand what was and what was not possible under Franco. When in early 1977 what was left of regime was forced to accept its demise, change had already become a tangible reality for most of the population.

Key words

Rural world; labour conflicts; popular sociability; political change; anti-Francoism.

1. El franquismo y la pervivencia de la lucha de clases

...quan a la realitat se li tanca la porta
no és gaire estrany que t'entri per la finestra...

Tanto el título del presente escrito como la cita que lo encabeza provienen de una reflexión realizada a raíz de la trabazón existente entre movimiento obrero, sociedad civil y cambio político¹. Según afirmaba Xavier Domènech, Sabadell parecía una excepción que no encajaba en las explicaciones de la transición política «de la ley a la ley» que uno creía o asumía que estaban conducidas por las élites moderadas del antifranquismo y los sectores reformistas del régimen. Sin embargo, esa excepción no parecía reducirse al caso de la cocapital del Vallès Occidental, puesto que experiencias extraordinarias como la huelga general de febrero de 1976 y la consiguiente dimisión de su alcalde no parecían circunscribirse a esa ciudad. Los casos de Vizcaya, Guipúzcoa, Vitoria, Navarra, Vigo, Ferrol, el Baix

1 DOMÈNECH, X.: *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell, 1966-1976*, Barcelona: Abadia de Montserrat, 2002, pp. 351 y 350.

Llobregat o Madrid apuntaban otros interrogantes tan pertinentes como necesarios. Permitían, como poco, plantearse si aquellas excepciones no eran más bien normas y si eran de utilidad para explicar la transición a la democracia sin recurrir a unas siempre presuntas y nunca probadas «buenas voluntades» y la «responsabilidad» de las clarividentes élites que condujeron el proceso².

Atender a la sociedad y a su interacción con el poder político como una relación dialéctica de conflicto permanente que los modulaba mutuamente permite comprender mejor los porqués del cambio de régimen. Un proceso en el que la lucha de clases jugó un papel destacado. De hecho, la misma génesis del franquismo se hallaba en las luchas populares que habían logrado ensanchar los espacios del Estado liberal decimonónico. En el primer tercio del siglo xx, el gran dilema para los sectores dirigentes fue cómo integrar y mantener bajo control a la sociedad de masas sin que esto comportara la apertura a la democracia: la respuesta fue el fascismo³. No obstante, si el franquismo había «nacido para hacer desaparecer la lucha de clases, su propia existencia la confirmaba»⁴. Resulta fundamental comprender que para el franquismo la paz social era la máxima que explicaba su motivo de ser. La omnipresencia de la lucha de clases —esto es, del fracaso del régimen para erradicarla— permite que se entiendan, asimismo, los vaivenes de la larga dictadura y deviene en paradigma central para explicar, pues, tanto su origen como su final⁵.

En su andadura final, el franquismo se vio sumido en una constante laminación de sus apoyos por incontables pequeños y grandes conflictos extendidos por doquier y llevados a cabo por inmensas minorías refractarias a la dictadura. Aquellas numerosas excepciones que devinieron normas no existieron únicamente en las áreas industriales de las principales urbes del Estado español. ¿Acaso puede afirmarse empíricamente que el medio rural fue un mero espectador pasivo del cambio político? Un creciente número de estudios han contradicho la aparente calma social atribuida

2 *Ibidem*, p. 35.

3 MARÍN, M.: *Història del franquisme a Catalunya*, Lérida: Pagès-Eumo, 2006, p. 21.

4 DOMÈNECH, X.: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona: Icaria, 2012, p. 132.

5 MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid: Siglo XXI, 1998, pp. 267-270. Sobre el papel del movimiento obrero como motriz democratizadora, véase Eley, G.: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona: Crítica, 2003.

al campo durante el franquismo y dan muestra de una sociedad compleja que supo resistir, organizarse y desafiar al fascismo español al forjar una genuina cultura de resistencia; un espacio marcado por el conflicto que fue capaz de potenciar cambios sociales y políticos que, sin lugar a dudas, coadyuvaron al proceso de cambio general⁶. A lo largo de estas líneas se destacarán las claves que se considera que explican cómo las clases populares de la Cataluña rural consiguieron subvertir el orden social y político establecido y constituirse en una fuerza contrahegemónica capaz de disputar el poder al franquismo. Un proceso nacido de las luchas por la mejora de las condiciones materiales, pero que consiguieron romper los marcos estrictos de la lucha de clases para convertirse en pueblo.

2. La construcción social de la protesta

El proyecto fascista, implantado con la «victoria» de 1939, jamás contó con el beneplácito del grueso de la población. Si bien no es posible hablar ni de un consenso hegemónico ni de una frontal oposición en el campo —más propio de visiones dicotómicas de la sociedad que no atienden a los matices siempre complejos en los que se mueven los humanos—, sí que se detecta una gran gama de actitudes sociales susceptibles de ser interpretadas históricamente: desde la adaptación y el consentimiento hasta las resistencias, los disensos y las adhesiones parciales y cambiantes en el tiempo⁷. La ruptura que supuso la Guerra Civil anonadó las redes sociales tejidas por las clases populares desde antaño y las resistencias existentes tendieron a una codificación diferente, basada, de nuevo, en las «peque-

6 HERRERA, A.: *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la transición española*, Madrid: Magrama, 2007; MARTÍN, Ó. J.: *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1976*, Madrid: Catarata, 2008; CABANA, A.: *La derrota de lo épico*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2013; LANERO, D. (ed.): *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980)*, Madrid: Catarata, 2013; y FERRER, C.: *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lérida: Universidad de Lérida, 2014.

7 Entre las principales aportaciones sobre las actitudes populares durante el primer franquismo en la última década, destacan FONT, J.: «“Nosotros no nos cuidábamos de la política”. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, n.º 49, 2004, pp. 49-68; y CABANA, A.: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», *Historia Social*, n.º 71, 2011, pp. 89-106.

ñas rebeldías cotidianas» a las que James Scott llamó las *armas del débil*⁸. Tal y como señala Carme Molinero, a la traumática vivencia de la guerra le siguió una no menos dura experiencia de miseria que para el grueso de la población estuvo acompañada de incertidumbre y de una profunda desmoralización. En ese contexto, la oposición al franquismo fue escasa y solo posible en la clandestinidad más absoluta. Aunque, de ningún modo, aquella obligada pasividad era muestra de una aceptación del nuevo orden, puesto que las resistencias a las políticas del nuevo Estado fueron muy extensas. Tanto es así que el régimen franquista tuvo que recorrer desde sus inicios a miles de personas para controlar las actitudes de los colectivos desafectos, a quienes los conseguía neutralizar, pero nunca los conquistaba⁹; los vencía, pero jamás los convencía, en palabras de Unamuno. Este hecho resultaría esencial en la extensión de la disidencia, como se verá, en la etapa comprendida en el presente escrito.

Bajo una calma solo aparente, la España rural estaba padeciendo las consecuencias indeseadas de los Planes de Desarrollo Económico que producirían el cambio en el estatus social del campesino medio. En «ningún momento se han registrado situaciones o hechos que tuvieran alguna incidencia sobre el mantenimiento de la paz interior, fruto de una pacífica y ordenada convivencia» de los gerundenses, escribía su gobernador civil. Sin embargo, Victorino Anguera reconocía la existencia de un «descontento registrado entre amplios sectores del campo»¹⁰, debido a la profunda reordenación económica del agro catalán, proceso que implicaba, entre otros, el aumento no equitativo de la fiscalidad. Aquella imposición fiscal no sería percibida solamente como una agresión económica que diezmaba el poder adquisitivo de un grueso relevante de la población, sino que también —y sobre todo— fue percibida como una afrenta contra el modelo de vida campesino autosuficiente y pequeño propietario, hecho que produjo el incremento del malestar y la aparición de disidencias entre unas clases

8 Sobre el concepto *pequeñas rebeldías cotidianas*, véase YUSTA, M.: *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939–1952)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 15–25. Para la obra clásica sobre resistencia campesina, véase SCOTT, J. C.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla: Txalaparta, 2003.

9 MOLINERO, C.: «Subsistencia y actitudes populares durante el primer franquismo», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. xci, n.º 1-2, 2014, p. 197.

10 Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación: *Memoria del Gobierno Civil de Gerona*, 1969, caja 52/00483.

sociales que habían consentido de manera mayoritaria el establecimiento del franquismo, cuando no se habían erigido como uno de sus máximos valedores¹¹.

Por otro lado, la inexistencia de actuaciones que fracturasen la paz social franquista no implicaba necesariamente la aceptación del orden social establecido. En este sentido, debe abandonarse la imagen del motín como paradigma de la acción colectiva, ya que «puede haber otros métodos tales como las peticiones en masa a las autoridades [...] o la migración de poblados enteros». En cualquier caso, el «motín no tiene por qué ser el procedimiento favorito dentro de la cultura de los pobres»¹². Las clases subalternas han utilizado históricamente un extenso repertorio de actuaciones creadoras de lo que podría considerarse una verdadera cultura de resistencia, íntimamente relacionada con la propia cultura de clase, grupo, etnia o comunidad, que varía en sus formas concretas en función de la naturaleza represiva del poder, pero que siempre ha estado presente. Asimismo, este repertorio de resistencias se ha mantenido en el tiempo por ser considerado un instrumento socialmente justo y aceptado, y mantener una codificación reconocible e inserta en la cultura de los protagonistas de la protesta. Esta protesta ha creado una cultura de protesta, que se ha visto actualizada dependiendo de la naturaleza opresiva del Estado y de las clases dirigentes, así como del mismo aprendizaje otorgado por la experiencia de luchas anteriores. No obstante, conviene señalar que históricamente nunca ha existido una vinculación inequívoca entre una situación aparentemente injusta y la contestación social, pues siempre han sido necesarios unos marcos cognitivos que identificaran, codificaran y potenciaran la actuación-consecuencia de la injusticia padecida.

A continuación, se analizará brevemente cómo se codifica y construye socialmente la protesta. Para este fin, la obra de Bert Klandermans puede servir como base de análisis, ya que resulta de utilidad para aproximarse

11 FONT, J.: *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Gerona: Diputació de Gerona, 2001, p. 130; y COBO, F.: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870–1939*, Granada: EUG, 2012, pp. 357–369 y 395–399. Si bien resulta difícil hablar de «autosuficiencia» en sociedades industrializadas, los códigos culturales siguieron de algún modo insertos en la cultura popular campesina. Asimismo, continúa resultando difícil establecer el perfil socioeconómico de los apoyos rurales al franquismo en Cataluña, por lo que se remite a obras que han abordado este tema, aunque se aspira a elaborar una explicación satisfactoria en la tesis doctoral en desarrollo.

12 THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica, 1995, p. 298.

a los marcos cognitivos de los participantes en los movimientos sociales que se abordarán¹³. Klandermans establece que el marco de identidad y el marco de injusticia permiten aprehender una situación como conflictiva e identificar a sus responsables. El marco de injusticia es fundamental, ya que es donde se gesta la sensación de agravio allí donde antes solamente había descontento. Este sentimiento de indignación moral crea, codifica o da una atribución de responsabilidad respecto a dicho agravio; señala al responsable. El marco de injusticia permite, pues, entender cómo se generan, interpretan, sienten y difunden las injusticias, su atribución y la indignación que provocan entre los potenciales participantes del movimiento social. En un sentido estricto, el marco de identidad implica la existencia de una identidad compartida, imprescindible para que la acción emerja. Según Concha Fernández y Xosé Manuel Sabucedo, la identidad colectiva implica definiciones compartidas relativas a las metas, los significados y los campos de acción; involucra redes de relaciones activas entre los agentes que interactúan: se comunican y se influyen, negocian y toman decisiones. Del mismo modo, requieren de un cierto grado de implicación emocional imprescindible para que las personas se sientan parte de una unidad. Resulta indispensable un esquema interpretativo común, tal y como lo llama Manuel Pérez Ledesma, o una cultura política, entendida esta como un conjunto de actitudes, valores y símbolos que legitimen y determinen sus objetivos¹⁴.

Finalmente, el marco motivacional implica la creación y difusión de creencias sobre la eficacia de la acción colectiva y es, junto con el agravio, una de las claves de la construcción social de la protesta. Ana Cabana entiende que solo «Cuando los potenciales participantes en un movimiento social piensan que las estrategias y las acciones colectivas son instrumentales para cambiar la situación y reducir el malestar, existe un vínculo entre el descontento y la conducta de protesta»¹⁵. Única y exclusivamente

13 KLANDERMANS, B.: *The social psychology of protest*, Oxford: Blackwell Publishers, 1997. Véase también una aportación posterior en VAN STEKELENBURG, J. y KLANDERMANS, B.: «The social psychology of protest», *Sociopedia: International Sociological Association* [en línea], 2010. <<http://goo.gl/Ieic8M>>.

14 FERNÁNDEZ, C. y SABUCEDO, X. M.: *Do descontento á acción. A construción social da protesta campesiña en Galiza*, Vigo: Xeiras, 2005, p. 121; y PÉREZ LEDESMA, M.: «“Nuevos” y “viejos” movimientos sociales», en C. MOLINERO (ed.): *La transición treinta años después*, Barcelona: Península, 2006, p. 148.

15 CABANA, A.: *La derrota de lo épico*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2013, p. 53.

con la existencia de estos tres marcos (injusticia, identidad y motivación) puede generarse y generalizarse la protesta social. Estos marcos deben confluír para que la opción del sujeto o de un colectivo sea protestar. La inexistencia de uno solo de estos marcos suele comportar una situación de adaptación del individuo que, evidentemente, puede soportar diferentes niveles de descontento, aunque estos no puedan derivar en ninguna acción de protesta.

Sin pretender caer en el automatismo al que a menudo la psicología social parece inducir, en el espacio temporal que se trata, el descontento, la noción de estar padeciendo una situación injusta y las consiguientes «pequeñas rebeldías cotidianas» campesinas fueron ocupando un espacio de mayor relevancia en la vida sociopolítica y económica de todo el territorio. Pese a los esfuerzos del régimen, las dificultades, la durísima coerción —cuando no abierta represión—, las huelgas cada vez menos esporádicas y otras formas de protesta como el absentismo laboral, la indisciplina, los impagos, los boicots puntuales y las reivindicaciones abiertas nunca llegaron a desaparecer por completo en las relaciones laborales y eran muestra, asimismo, de una lucha latente sumergida en la cotidianidad y con una codificación basada y enraizada en las costumbres de la comunidad¹⁶.

3. Empobrecimiento y (sub)desarrollo

Qué duda cabe de que la capacidad de subsistencia, esto es, la capacidad de consumo, ha sido uno de los elementos persistentes y considerados centrales en la cosmovisión ideológica de la población rural. Conviene tener en consideración que la explotación familiar (la agricultura familiar) ha sido la unidad básica de producción en el medio rural, la cual «ha sido apropiada, absorbida y adaptada históricamente por distintos modos de producción»¹⁷. Económicamente, el concepto de *agricultura familiar* hace referencia a una forma de producción centralizada cuya fuerza de trabajo procede mayoritariamente del núcleo de parentesco más cercano y una parte del producto final está destinado al consumo de la propia unidad familiar. La progresiva introducción del capitalismo en el campo desde

16 Una muestra de ello puede encontrarse en AGA, Gobernación: *Memorias del Gobierno Civil de Castellón*, 1976, caja 32/11454; entrevistas a P. F. M. (4 de junio de 2013): pastor, jornalero y militante socialista; y a ETA (17 de junio de 2013): estudiante, obrero y militante comunista.

17 BRETON, V.: «¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista», *Noticiario de Historia Agraria*, n.º 5, 1993, p. 153.

las últimas décadas del siglo xix hasta el primer tercio del siglo xx mutó algunas de las pautas de comportamiento del campesinado y afianzó otras; aunque en lo esencial, la centralidad que ocuparía el consumo —ligado a la producción— se mantendría inmutable¹⁸.

La anécdota que popularizó Richard Henry Tawney en su estudio sobre el campesinado en China puede ser de utilidad para comprender la idea que se intenta transmitir aquí, pese al elocuente distanciamiento entre ambos contextos y agentes¹⁹. Tawney escribió que un campesino medio (un payés autosuficiente)²⁰ vive en una situación de incertidumbre continua, pues se asemeja a una persona parada con el agua al cuello de manera permanente, de modo que tan solo es necesaria una pequeña ola para que este se ahogue. En efecto, en la mayoría de las sociedades campesinas precapitalistas, el temor a la insuficiencia de alimentos dio lugar a la configuración de una *mentalité* o cultura política basada en la ética de subsistencia de la propia clase, en la que estas negociaban o presionaban para incidir en la economía. Las técnicas agronómicas, al igual que muchos arreglos sociales, estaban orientados, en esas sociedades, a limitar las pequeñas olas que podían ahogar a un campesino: patrones de reciprocidad, generosidad forzada, tierras comunales, entre otras. Todo ello estaba destinado a suavizar las inevitables simas en los recursos familiares, lo que de otra manera podía arrojar a la familia por debajo del umbral de subsistencia²¹.

Volviendo al tema objeto de análisis, cabe señalar que desde la década de los cincuenta la explotación familiar autosuficiente dejó de estar principalmente destinada para el autoconsumo y a lo largo de esa década se

18 GALLEGO, D.: «De la sociedad rural en la España contemporánea y del concepto de sociedad capitalista: un ensayo», *Historia Agraria*, n.º 16, 1998, pp. 13–53.

19 TAWNEY, R. H.: *Land and labour in China*, Londres: Allen & Unwin, 1932.

20 Proveniente del vocablo del siglo xvi *pagensis* (‘aquel que vive en el *pagus*’, es decir, en una aldea o, por extensión, en el campo), en el bajo medievo se entendía que un payés era aquel campesino o agricultor adscrito a la tierra que trabajaba, que para abandonarla debía redimir con su señor la *remença*, y que se encontraba sujeto a los *mals usos*. En la contemporaneidad, se asume que un payés posee y vive de trabajar su propia tierra, que generalmente fluctúa entre un tamaño pequeño o, a lo sumo, mediano. En su estudio sobre el campesinado europeo, Cobo considera que una pequeña explotación es aquella que oscila entre 1 y 10 hectáreas, y una mediana, entre 11 y 100. COBO, F.: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870–1939*, Granada: EUG, 2012.

21 SCOTT, J. C.: *The moral economy of the peasant. Rebellion and subsistence in Southeast Asia*, Yale: Yale University Press, 1976, p. 3.

integró por completo en el mercado capitalista, pasando a depender de la industria agraria de comercialización y de los nuevos intermediarios que irían surgiendo. Esto produjo que muchas familias fueran incapaces de mantener un ritmo de producción suficiente para hacer frente a las altas cotizaciones y a las deudas contraídas. Muchos pasaron a trabajar en la industria de las cabeceras de comarca o emigraron a las capitales provinciales —hecho que puede ser interpretado como protesta; la mayor protesta que puede realizar un campesino, de hecho—. La necesidad de competir en el mercado obligó al campesinado a realizar grandes inversiones para maximizar la producción, e incluso, no pocos decidieron comprar o arrendar las tierras de aquellos vecinos que habían optado por el éxodo²². Tanto es así que durante el periodo de 1960 a 1975, la población agraria española se redujo casi a la mitad, pasando del 23 al 13 %²³. Esta considerable pérdida de mano de obra forzó un selectivo proceso de modernización que afectó de manera muy desigual a las distintas zonas del Estado. La adecuación de la producción agrícola a las crecientes demandas de una cada vez mayor población urbana comportó cambios tanto en las formas de elaboración como en los alimentos producidos. Las nuevas demandas alimentarias implicaron la decadencia de la producción cerealista, el incremento de cultivos hortofrutícolas y, especialmente, mayores exigencias en la obtención de carne y productos lácteos.

Además, la política gubernamental agraria, centrada en satisfacer la creciente demanda de productos agrícolas para las regiones industriales, obligó a los pequeños campesinos a endeudarse para poder mantener una producción elevada y competir así con los grandes propietarios. Se hizo imprescindible, pues, el uso de caros productos fitosanitarios y la mecanización del agro, así como dotar a las fincas de riegos automatizados y costosas canalizaciones otrora prescindibles. Las exigencias de fertilizantes, maquinaria, combustibles y productos fitosanitarios en general fueron una constante ligada ineludiblemente al desarrollismo económico de la

22 ALONSO, y otros: *Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-1976*, Madrid: Ayuso, 1976, pp. 41-54; SIMPSON, J.: *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*, Madrid: Alianza, 1997, pp. 321-247; SABIO, A.: «Cultivadores de democracia. Politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980», *Historia Agraria*, n.º 38, 2006, pp. 75-102, especialmente las pp. 76-77; y entrevista a T. M. (s. f. [1976-77]): sindicalista campesino, en: BENELBAS, L. y otros: *Unió de pagesos. El sindicat del camp*, Barcelona: Alternativa, 1977, pp. 197-199.

23 DE RIQUER, B.: *Historia de España. La dictadura de Franco*, vol. 9, Barcelona: Crítica, 2010, p. 625.

década de los sesenta en el campo; así como lo fue la imperiosa necesidad de mano de obra asalariada agrícola-industrial de aquellas clases sociales ajenas a la posibilidad de acceder a los *inputs* agrarios²⁴. A medida que la agricultura y la ganadería perdían su tradicional relevancia macroeconómica en beneficio de la industria, el comercio y el turismo, se debilitaba de manera paralela el trabajo y el poder adquisitivo de una gran masa de pequeños campesinos y jornaleros.

La consolidación del sistema agrícola-industrial en el campo favoreció la proliferación de intermediarios: envasadores, distribuidores, empaquetadores o simples especuladores que forzaron la disminución de las plusvalías en pos de una mayor competitividad agrícola en el mercado. Este hecho agudizó todavía más la paupérrima situación económica de las familias que vivían de la tierra respecto a otros sectores productivos²⁵. Durante la década de los sesenta se dejó notar el encarecimiento de los fertilizantes y el combustible, y a su vez, el precio final de los productos agrícolas²⁶. Además, la política fiscal aprobada por el régimen en 1966 contabilizaba las cotizaciones a la Seguridad Social Agraria (SSA) con peonadas teóricas, hecho que establecía un cómputo de mano de obra teórica necesaria para labrar una propiedad y equiparaba en la contribución fiscal a pequeños propietarios y a latifundistas. Esta política agrícola fue identificada como un verdadero atentado contra el campesinado, ya que puso en una coyuntura complicada a las familias que trabajaban la tierra propia —muchas de las cuales, y especialmente entre la juventud, optaron por el éxodo hacia las capitales provinciales y, en menor medida, también hacia la gran Barcelona²⁷—. Esta situación se vio agravada cuando en 1973 estalló la crisis del petróleo con su consiguiente inflación desorbitada, que empobreció irremisiblemente a grandes sectores sociales del medio rural.

24 ORTIZ HERAS, M.: *Las hermandades de labradores en el franquismo. Albacete, 1943-1977*, Albacete: Diputación de Albacete, 1992, p. 130.

25 «Els problemes del camp», *Endavant: Òrgan del Moviment Socialista de Catalunya*, n.º 120, diciembre de 1960-enero de 1961.

26 Centre Documental de la Comunicació (CEDOC), Fondo Viladot: «No som els responsables del encariment!», *La Veu del Camp*, suplemento de *Lluita: Òrgano local del Partit Socialista Unificat de Catalunya*, n.º 6, 22 de febrero de 1973, caja 4219, p. 8; y SABIO, A.: *op. cit.*, pp. 77-79.

27 AGA, MG: *Memoria del Gobierno Civil de Tarragona*, 1966, caja 44/12141; *idem*: *Memoria del Gobierno Civil de Tarragona*, 1968, caja 52/00487; y CEDOC, Fondo Viladot: «El jovent marxà del camp», *La Terra*, n.º 1, julio de 1975, caja 0689GF, p. 9.

4. Identidades, (auto)organización y redes sociales de expansión de la protesta

Como ha podido intuirse en las líneas precedentes, aunque merece la pena hacerlo patente, la forja de identidades compartidas resultó esencial para la (auto)organización de respuestas colectivas, aunque estas no siempre respondieran al arquetipo del motín en el campo. Las «armas del débil» no solo son actuaciones esporádicas de individuos aislados que se mueven en los márgenes de la autoridad debido a la omnipresencia del poder dictatorial. Sin duda tienen mucho de ello, pero estas se insertan resueltamente en una *mentalité*, una cultura política o una conciencia de autopercepción y autoidentificación claramente existente e imprescindible para que surja la protesta: valores morales, culturales, ecológicos, lógicas clasificadoras o principios interpretativos comunes y compartidos que se forjaron mediante la propia experiencia. La penetración del capitalismo en el medio rural alteró y, por ello, reconfiguró la propia identidad del campesinado —como grupo heterogéneo, pero (auto)identificable—, aunque no transmutó las prácticas establecidas y aceptadas, ni desterró la ética de la subsistencia ni tampoco la carga moral de la economía²⁸.

Así pues, y ante una situación que hacía peligrar la subsistencia de los más y que fue codificada como una injusticia social, algunos campesinos decidieron lo siguiente: «Hemos convenido en la necesidad de defender con nuestras manos nuestros intereses, los cuales coinciden con los democráticos generales de nuestro pueblo»²⁹. Por ello, se unieron a las llamadas *Comissions de Pagesos i Jornalers de Catalunya* (o más habitual, simplemente *Comissions Pageses* (CC. PP.)— ante la perspectiva siguiente: «Los propietarios pequeños y medianos muy pronto seremos asalariados de los intermediarios que comen nuestros frutos como les viene en gana»³⁰. Sin lugar a dudas, deben considerarse las CC. PP. como un esfuerzo del campesinado catalán por modificar las normativas sociales, políticas y económicas vigentes y una forma de dar salida a las tensiones estructurales

28 CABANA, A.: *op. cit.*, pp. 45-46 y 108.

29 Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo PSUC: *Extractes de documents de la Coordinadora de Comissions de Pagesos del Camp de Catalunya*, s. f. [1968], caja 1552, carpeta 128, p. 2. El original está en catalán.

30 Arxiu Històric de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya (AHCONC), prensa clandestina: «La necessitat de la Reforma Agrària», *Camp: Portaveu de les Comissions de Pagesos de Catalunya*, n.º 2, s. f. [septiembre-octubre de 1969], reg. 00/97, top. 0159C015. El original está en catalán.

subyacentes. En efecto, unos pocos decidirían unirse «para defender con nuestras manos nuestros intereses» y otros irían sumándose al movimiento al juzgar que ellos también padecían las mismas injusticias sociales³¹.

Como se verá, las CC. PP. tenían una vertiente de movimiento popular, pero cabe inscribirlas en una estrategia de oposición organizada más amplia, sin que por ello exista contradicción alguna. Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España (PCE), en una carta dirigida a la Pasionaria, Dolores Ibárruri, un año antes de la constitución de las CC. PP., le escribió lo siguiente:

En la discusión del Comité Ejecutivo hemos convenido en la necesidad de esbozar en la próxima reunión la perspectiva de lo que llamamos un frente de las fuerzas del trabajo y la cultura [...] [que] puede irse creando a través de los contactos de las Comisiones Obreras, el movimiento campesino, los estudiantes y las diversas formas de organización de los intelectuales. En un momento determinado, cuando la coordinación haya llegado a un grado de madurez, y cuando la coyuntura política lo aconseje, puede aparecer formalmente constituido en la escala nacional y provincial por representantes de las diferentes capas sociales. Una de las originalidades de este frente, en el que los artesanos y los comerciantes e industriales podrían encontrar también lugar, es que sería no un partido, sino una especie de frente laborista amplísimo³².

En cierta manera, los comunistas en Cataluña consiguieron ese objetivo de aunar en un solo frente laborista amplísimo a buena parte de las clases populares, y de este modo, se asemejaron a los partidos-sociedad de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial³³. Conviene señalar, sin embargo, que si bien los logros de las Comisiones Obreras (CC. OO.) en la industria, del movimiento estudiantil en las universidades y de la generalización exitosa de ese frente de las fuerzas del trabajo y la cultura a través de movimientos de profesionales y la organización en los barrios urbanos, en el medio rural catalán las CC. PP. y los posicionamientos comunistas tuvieron problemas de asentamiento notorios. Por un lado, como se verá,

31 TEJERINA, B.: «Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores», en P. IBARRA y B. TEJERINA (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid: Trotta, 1998, pp. 114-115.

32 Citado en MORÁN, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona: Planeta, 1986, p. 431.

33 MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona: L'Avenç, 2011, pp. 139-140; y FLORES, M.: *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Bologna: Il Mulino, 1992.

por la omnipresente represión del régimen, pero, por otro, por problemáticas derivadas de la Guerra Fría y, particularmente, de los sucesos de la no tan lejana Guerra Civil. Pese a la experiencia frentepopulista española y la lucha antifascista en toda Europa, algunos campesinos consideraban que los «comunistas eran dictadores también, y a mí de dictadura ya me bastaba con la de Franco»³⁴. Si bien los fundamentos de «dictadores» deberían haberse mitigado después del XX Congreso del Partido Comunista Soviético en febrero de 1956, esta imagen chequista siguió muy presente en el imaginario colectivo de amplios sectores de la izquierda anticomunista. Está por ver si estos imaginarios guardan relación con la experiencia de las colectividades campesinas durante la Revolución de 1936 o si más bien son el subproducto cultural del mundo bipolar en el que las invasiones de Budapest y Praga —ampliamente difundidas por la prensa española—³⁵ actuaban como la confirmación fáctica de la herencia de Iósif Stalin nunca resuelta por los comunistas³⁶.

En cualquier caso, la relación de las CC. PP. y el comunismo eran notorias, cosa que, por un lado, garantizaba un formidable sustento organizativo, pero por otro lado, la retórica radicalizada alejaba a ciertos sectores del campo. Alfonso Martínez Foronda explica que las Comisiones Obreras del Campo en Andalucía estuvieron formadas básicamente por campesinos del PCE y que entre estos no se comprendía la necesidad estratégica de fundar una organización sindical al margen del partido, tal y como desde la dirección se imponía. Sin embargo, accedieron y las Comisiones conseguirían el control de las verticales hermandades de labradores y ganaderos en unas pocas cabeceras comarcales en 1966. Tras esto el movimiento se extendió por otros lares andaluces³⁷. Juan Antonio Andrade Blanco apunta una cuestión interesante que debe tenerse en consideración: afirma que

34 Entrevista a P. F. M. (4 de junio de 2013).

35 A modo de ejemplo, véanse las 10 páginas que le dedicaba *La Vanguardia Española* el día 22 de agosto de 1968 bajo el titular «La alevosa ocupación de Praga por las tropas soviéticas», o los informes de las matanzas en Budapest de «varios niños [...] ametrallados por los rusos» en el *Abc* el 10 de noviembre de 1956 (p. 23), así como las colectas que este diario organizó al grito de «¡Católico español! Ayuda al pueblo húngaro» (*Ibidem*, pp. 25–30).

36 Véase la relación cultural entre comunismo y antifranquismo en DOMÈNECH, X.: «Cenizas que ardían todavía. La identidad comunista en el tardofranquismo y la transición», en M. BUENO y S. GÁLVEZ: «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla: Atrapasueños, 2009.

37 MARTÍNEZ, A.: «Historia de Comisiones Obreras de Andalucía: desde su origen hasta la constitución como sindicato», en A. MARTÍNEZ (coord.): *La conquista de la libertad*.

ese «cuestionamiento de la calidad democrática del PCE fue, más que un impedimento para la unidad, una excusa para evitarla», puesto que la debilidad del resto de fuerzas antifranquistas hacía que estas vieses con temor su integración en plataformas u organismos hegemonizados por los comunistas³⁸. Fuera como fuese, la fuerza de los comunistas dificultó, paradójicamente, el encuadramiento unitario del antifranquismo y serían los comunistas quienes «generosamente» atenuarían su vertiente ideológica con el fin, a veces demencial, de «la unidad»³⁹.

La bandera enarbolada por las CC. PP. en Cataluña era la que mejor conectaba con las costumbres de «pequeñas rebeldías cotidianas» del campesinado, puesto que reivindicaba una medida que muchos ya venían practicando, ya que era una de «las reivindicaciones más sentidas [...] por los campesinos y jornaleros»: el boicot —a partir de entonces coordinado— a los pagos de la SSA—⁴⁰. Pese a las causas subyacentes profundamente enraizadas en las comunidades rurales, como se ha explicado más arriba, el factor exógeno que explica la irrupción de este movimiento sociopolítico fue el éxito representado por las CC. OO. en la industria, así como de un incipiente movimiento campesino andaluz en las elecciones sindicales de 1966. Los protagonistas de aquella nueva organización sindical fueron los jóvenes campesinos formados profesionalmente en las escuelas de capacitación agraria y políticamente en el movimiento antifranquista universitario. Se trataba de «jóvenes inquietos y comprometidos que pondrán el gusanillo a sus amigos de los pueblos y que intentarán arrastrar a sus padres», según establece un estudioso del movimiento campesino de Cataluña y que también fue testigo directo de sus luchas⁴¹. Con la voluntad de agrupar a pequeños propietarios, arrendatarios, ma-

Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Cádiz: Fundación de Estudios Sindicales, 2003, especialmente las pp. 234-247.

38 ANDRADE, J. A.: *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid: Siglo XXI, 2012, p. 63.

39 MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *op. cit.*, pp. 192-194 y 200-201.

40 ANC, Fondo PSUC: *op. cit.*, p. 2. El original está en catalán. La centralidad del boicot de la SSA puede verse en AHCONC, prensa clandestina: «Continua el problema de la Seguretat Social», *Camp: Portaveu de les Comissions de Pagesos de Catalunya*, n.º 3, s. f. [noviembre-diciembre de 1969], reg. 00/97, top. 0159C015.

41 MAYAYO, A.: *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agraris a Catalunya, 1893-1994*, Barcelona: Afers, 1995, p. 197. El original está en catalán.

soveros⁴², aparceros, y jornaleros, aquellas efímeras CC. PP. se asentaron en el campo sobre la base de organizaciones católicas preexistentes que entroncaron con tradiciones resistentes de socialistas, comunistas y anarquistas. Además, las CC. PP. se convirtieron en la síntesis de las tradiciones sindicales del campo catalán previas a la dictadura y aunaron facetas reformistas y otras revolucionarias al actuar en los espacios contemplados por la dictadura, pero también al forzar la legalidad y ampliarla.

Mediante redes sociales y contactos personales se produjeron procesos de transmisión informativa y de emulación de lo que ocurría en otros lares más conflictivos que las comarcas rurales. Además, gracias a las convivencias militantes, los encuentros, la prensa, la propaganda política o el papel destacado de los activistas universitarios tras su vuelta al pueblo, se produjo la transmisión de una serie de experiencias —incluso también valores— desde los «focos iniciadores de la protesta» hacia zonas donde el franquismo estaba muy presente y, por consiguiente, existía una menor movilización: de la ciudad al campo. De este modo, se fueron difundiendo una serie de recursos organizativos e interpretativos que establecieron nexos entre las reclamaciones e identidades colectivas procedentes de otros lugares de Cataluña. El resultado fue la extensión geográfica, sectorial y también identitaria de la movilización democrática contra la dictadura franquista. No puede negarse que si bien los estudiantes socializados políticamente en los centros de educación superior hostiles al franquismo solían abandonar la militancia al concluir sus estudios, en muchos casos, estos trasladaron su compromiso contra el régimen a su vuelta al pueblo, como así sucedía también en sus nuevos entornos laborales y profesionales⁴³.

42 Según la Real Academia Española, un masovero en Cataluña es un «labrador que, viviendo en masía ajena, cultiva las tierras ajenas a cambio de una retribución o de una parte de los frutos».

43 Entrevistas a J. V. E. (26 de julio de 2012): estudiante, socialista y profesor no numerario; a E. E. M. (3 de junio de 2013): estudiante agrónomo, payés y sindicalista; a ETA (17 de junio de 2013); AHCONC, entrevista a C. L. S. (22 de octubre de 1998-18 de febrero de 1999): militante comunista entrevistada por Javier Tébar; y entrevista a J. S. (s. f. [1976-77]): payés y sindicalista, en BENELBAS, L. y otros: *op. cit.*, pp. 201-202. Véase un estudio pionero que se aproxima a la emulación de la movilización, el *espejo político*, como él lo llama, en MARTÍN, Ó. J.: *op. cit.*, pp. 172-182 y 226-234. Hay unas breves referencias en MARTÍNEZ, A.: *op. cit.*, pp. 124-125. Se ha abordado lateralmente este tema en FERRER, C.: *op. cit.*, pp. 69-71 e *idem*: «Popular empowerment, peasant struggles and political change: Southern Catalonia under late Francoism (1968-1976)», *Workers of the World: International Journal on Strikes and Social Conflicts*, n.º 5, 2014, pp. 39-57.

Aunque desde finales de 1968 se vivió un notorio incremento de la movilización rural, el estado de excepción de 1969 truncó gran parte de estas dinámicas y provocó la caída del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) en el Baix Ebre, la vanguardia del movimiento campesino en Cataluña⁴⁴. Derivado de la siempre presente represión y del consiguiente desmantelamiento de las CC. PP., quedó profundamente dañada la primera organización eminentemente campesina desde la Guerra Civil, y sus miembros volvieron a actuar en la absoluta clandestinidad, al menos durante un tiempo. Aunque, como se ha mencionado al iniciar el presente texto, cuando a la realidad se le cierra una puerta, a menudo esta entra por la ventana, y el retorno a la absoluta clandestinidad permitió afinar las actuaciones del campesinado. Pese a la represión padecida, la experiencia unitaria vivida entre sectores de la oposición cristiana, los marxistas, los nacionalistas o, sencillamente, la gente del pueblo resultó esencial para la creación, propagación y consolidación de percepciones de la realidad, así como para la expansión de prácticas contestatarias que contribuirían a la articulación de una oposición antifranquista operativa a principios de la nueva década. Las Juventudes Comunistas, por ejemplo, tomaron conciencia de la «importancia de ganar nuevos militantes entre los payeses [...] y de extender la organización del Partido a las zonas rurales»⁴⁵. Estos procesos de emulación de las movilizaciones sociales acaecidas en las urbes industriales —también en sus fórmulas organizativas en comisiones de trabajadores— resultaron fundamentales para el desarrollo de la conflictividad organizada en la Cataluña rural. A pesar de las dificultades de encuadramiento unitario de muchos jornaleros y campesinos bajo las CC. PP., estas fueron capaces de canalizar las primeras demandas de los campesinos hacia la lucha por el control de la Hermandad Sindical y, al mismo tiempo, de generar unos liderazgos y unas prácticas que resultarían fundamentales para los desafíos posteriores: valiéndose de los «medios públicos y legales a nuestro alcance» como las reivindicaciones a través de

44 ANC, Fondo PSUC: *Llamamiento a la población de Tortosa y comarca*, 24 de enero de 1970, caja 948, carpeta 55; *idem*: *Primera Conferència del Comité Intercomarcal Baix Ebre-Montsià*, s. f. [1978], caja 5444, p. 6; y AHCONC, entrevista a C. L. S. (22 de octubre de 1998-18 de febrero de 1999).

45 ANC, Fondo PSUC: *Una gran campanya de reclutament*, 11 de septiembre de 1974, caja 193, carpeta 8, pp. 3-4. El original está en catalán.

la Hermandad y otras «acciones que crean necesarias tanto si son legales, como si no los son», como el motín, la huelga o el boicot⁴⁶.

5. Redefinir lo posible transformando el marco dado

La Cataluña rural vivió un aumento exponencial de las reivindicaciones campesinas a medida que avanzaba la nueva década. En las zonas de mayor concentración jornalera, como el Montsià y el Baix Ebre, donde el trabajo temporal llegaba a la mitad del total y también en zonas con un número relativo de obreros agrícolas elevado, como el Barcelonès, el Baix Llobregat, el Maresme o el Garraf, las reivindicaciones de mejoras salariales fueron la tónica dominante derivada de la precariedad que comportó la liberalización de los precios agrícolas y la búsqueda del máximo beneficio empresarial⁴⁷. Después de la estocada de 1969, Amposta lanzó abiertamente el primer desafío al régimen en abril de 1971 con una gran manifestación jornalera por las calles de la capital del Montsià⁴⁸. Además, el malestar por las abusivas cuotas de la SSA sirvió como aglutinante del movimiento campesino en un territorio, el catalán, donde más del 70 % del campesinado cotizaba como grandes terratenientes. Gerona, por ejemplo, solo contaba con 4 653 jornaleros y las cotizaciones a la SSA de la provincia igualaban las de Cádiz, donde había nada menos que 46 111 asalariados. Así, se estimularon los primeros boicots generalizados al pago impositivo en virtud de una ley que «por injusta, debe ser derogada»⁴⁹. En las comarcas gerundenses los boicots fueron secundados por más de 3 000 payeses⁵⁰. La problemática de los pagos a la SSA por parte de los

46 ANC, Fondo PSUC: *Extractes de documents de la Coordinadora de Comissions de Pagesos del Camp de Catalunya*, s. f. [1968], caja 1552, carpeta 128, p. 3. El original está en catalán. Puede verse cómo perciben José Antonio Serrano Montalvo y el Gobierno Civil tarraconense el aumento del malestar campesino mediante el incremento de las quejas, que coincide con la formación de las CC. PP., en AGA, MG: *Memoria del Gobierno Civil de Tarragona*, 1968, caja 52/00487.

47 BERNAL, A. M.: «Sindicalismo jornalero y campesino en España (1939-2000)», en Á. L. VILLAVARDE y M. ORTIZ HERAS (coords.): *Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo xx*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, p. 37.

48 FERRER, C.: *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lérida: Universidad de Lérida, 2014, pp. 74-75.

49 «Las cuotas de la Seguridad Social Agraria», *La Vanguardia Española*, 10 de mayo de 1972. Es una carta abierta enviada por los payeses de Artesa de Lérida en solidaridad con los de Albatàrrec.

50 Datos sobre los pagos a la SSA extraídos de ANC, Fondo PSUC: *op. cit.*, p. 4.

pequeños propietarios hizo despertar una gran solidaridad popular entre otros segmentos sociales ajenos al trabajo de la tierra, ya que «estos deseos no son ya exclusivos de los campesinos. Han saltado a todos los hombres progresistas, a todo el pueblo»⁵¹. Un informe de las CC. PP. destacaba que el campesinado de Lérida contaba con la «experiencia de lucha diaria, claridad en sus objetivos, formas estratégicas de lucha adecuadas, trabajo y capacidad movilizadora de sus hombres»⁵². Tanto es así que en Albatàrrec, la solidaridad de los vecinos impidió que los 29 campesinos que se habían negado a abonar las cuotas correspondientes a la SSA fueran detenidos y embargados por las autoridades en 1972, puesto que llegaron a recoger a través de los movimientos cristianos juveniles 785 firmas en una población que en 1975 tenía 1 130 habitantes: el 88,7 % de Albatàrrec firmó contra la SSA⁵³.

A raíz de movilizaciones campesinas aparentemente inconexas de otros lugares del Estado, se estimuló también la actuación colectiva del campesinado catalán. La negativa a entregar el 10 % de la cosecha de vid de las cooperativas vinícolas de las comarcas del Alt y el Baix Camp, la Conca de Barberà, la Terra Alta y el Empordà siguiendo el ejemplo de los castellanomanchegos de Villamalea es, quizá, el caso más representativo⁵⁴. Por otro lado, las expropiaciones forzosas de tierras a precios irrisorios en el Morell, Constantí y la Pobla de Mafumet, destinadas a la construcción de la refinería de ENTASA, provocaron un enorme malestar popular, ya que, de seguir adelante, muchos payeses del Tarragonès perderían su medio de vida. Dos vecinos de Constantí, incluso, iniciaron una huelga de hambre que abandonarían unos días después sin conseguir su objetivo final⁵⁵. Otras protestas derivaron de privatizaciones de tierras comunales;

51 ANC, Fondo PSUC: *Acuerdos de la primera...*, caja 1552, carpeta 128, p. 3.

52 ANC, Fondo PSUC: *Asamblea de la Coordinadora de les Comissions de Pagesos i Jornalers de Catalunya*, n.º 5 de diciembre de 1971, caja 1552, p. 3. El original está en catalán.

53 ANC, Fondo PSUC: *A las hermandades sindicales de labradores y ganaderos de la provincia de Lérida*, s. f. [mayo de 1972], caja 1620, carpeta 131; y MAYAYO, A.: *op. cit.*, p. 200.

54 CEDOC, Fondo Viladot: «No a l'entrega a l'Estat del 10% de la collita del vi», *La Veu del Camp Català*, suplemento de *Lluita: Órgano del comité local de Tarragona del Partit Socialista Unificat de Catalunya*, n.º 8, septiembre de 1973, caja 4219, p. 7; y ANC, Fondo PSUC: *Informaciones campesinas*, s. f. [finales de 1974], caja 1552, carpeta 128, p. 2. Para el caso de Villamalea, véase MARTÍN, Ó. J.: *op. cit.*, pp. 81-95.

55 CEDOC, Fondo Viladot: «El “contaminado” asunto de la refinería», *La Veu del Camp*, suplemento de *Lluita: Órgano del comité local de Tarragona del Partit Socialista Unificat de Catalunya*, n.º 3, 1 de septiembre de 1972, caja 4219, p. 6.

de denuncias de privilegios fiscales, como las del arzobispo de Urgell; de la siempre presente demanda de mejoras en los precios de los productos agrarios (vino, aceite, avellanas, trigo, alcachofas, tomates, etc.); o de actuaciones serias, como el intento del antifranquismo organizado de tomar el control de la Cámara Arrocerca de Amposta en otoño de 1972⁵⁶. Actuaciones, todas ellas, que ponían en evidencia que el malestar latente se había vuelto malestar evidente y que la población rural estaba dispuesta a desafiar cada vez de manera más descubierta al régimen franquista.

Estas movilizaciones nacieron con la voluntad de mejorar las condiciones de vida y de trabajo, pero que en ningún caso carecían de un componente estrictamente político, como algunos han aducido. Aunque toda ruptura de la paz franquista significase ya un desafío político, las máximas que se gritaban en las masivas asambleas campesinas no dejaban lugar a dudas: «Pagesia unida enfront el règim franquista», «La terra per el qui la treballa», «No al pagament del 10 % [del vino] a l'Estat», «Seguretat social per a tots nosaltres», para acabar clamando: «Visca Comissions Pageses!!»⁵⁷.

Pese a algunas victorias, como el aumento de los jornales a partir de los que se empezaba a pagar la SSA, o el aumento del salario mínimo del trabajo jornalero⁵⁸, el margen de maniobra era pequeño y los costes represivos elevados. La legislación del sindicalismo franquista imposibilitaba que los trabajadores pudiesen optar por el control de la Hermandad Sindical, la única brecha legal para plantear reivindicaciones. La transformación del marco de actuación que el franquismo había impuesto resultaba fundamental para los trabajadores del campo, como lo venía siendo para la clase obrera industrial desde finales de los años cincuenta —o incluso antes—. Los terratenientes y grandes empresarios gozaban de una situación de poder absoluto y no cuestionado dentro de las estructuras sindicales, aunque representaban únicamente el 8,1 % de los afiliados en Cata-

56 FERRER, C.: *op. cit.*, pp. 74-75. Se ha profundizado en este episodio y en hechos posteriores en Ferrer, C.: «Popular empowerment, peasant struggles and political change: Southern Catalonia under late Francoism (1968-1976)», *Workers of the World: International Journal on Strikes and Social Conflicts*, n.º 5, 2014, pp. 39-57.

57 ANC, Fondo PSUC: *No al pagament del 10 % de la collita de vi al Estat*, s. f. [septiembre de 1973], caja 887, carpeta 52.

58 Arxiu Històric Provincial de Tarragona (AHPT), Fondo de la COSA: *Libro de actas*, 15 de marzo de 1973, caja 58, p. 12; ANC, Fondo del PSUC: *Primera Conferència del Comité Intercomarcal Baix Ebre-Montsià*, s. f. [1978], caja 5444, p. 6; y MAYAYO, A.: *op. cit.*, pp. 199-210.

luña, frente el 16,1 % de jornaleros y el 63,2 % de payeses autosuficientes considerados «empresarios sin asalariados»⁵⁹. Este desequilibrio abismal hacía imposible el control del sindicato oficial exclusivamente por los sectores de productores.

Conscientes los campesinos de que no era posible dominar a toda la Hermandad —no así la sección social, que en muchas poblaciones ya controlaban—, iniciaron un acercamiento hacia sectores más acomodados del vertical. Este punto resultó crucial, ya que las clases trabajadoras, poco a poco, consiguieron extender la idea entre buena parte de los pequeños y medianos propietarios de que era necesaria la unidad contra «el mal [que] nos viene desde arriba», que no era otro que «la pervivencia de las reminiscencias feudales y de la penetración monopolista»⁶⁰. Más allá de la retórica del discurso, la necesidad de una acción unitaria entre jornaleros y pequeños y medianos propietarios agrícolas se convirtió en una de las grandes virtudes del antifranquismo rural, y la máxima «cuando hay unidad, hay victoria» les garantizó unos notorios resultados en cuanto a movilización y, sobre todo, consolidación de cuotas de poder dentro de las hermandades⁶¹. No cabe duda de que los éxitos del movimiento campesino fue un aliciente y estimularían nuevas acciones, que cada vez contaban con el beneplácito de un segmento mayor de los agricultores y un número creciente de participantes de procedencia social cada vez más diversa e incluso ajena al trabajo de la tierra. Se ampliaba, de ese modo, la base social del antifranquismo. Buena muestra de esa ampliación sería la expansión del sindicato democrático, unitario e independiente Unió de Pagesos (UP) entre 1974 y 1976, que tenía como objetivo la «transformación social y política que nuestro campo necesita»⁶². Era un movimiento sociopolítico de un gran arraigo en el que participaba el grueso de las clases populares

59 Datos elaborados a partir del censo de población de 1970, que se han añadido a los del Consorci d'Informació i Documentació de Catalunya, recogidos por BENELBAS, L. y otros: *op. cit.*, pp. 12-13. En algunas comarcas, como el Montsià, el desequilibrio entre jornaleros, pequeños propietarios y latifundistas era aún mayor; véase FERRER, C.: *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lérida: Universidad de Lérida, 2014, p. 54.

60 ANC, Fondo PSUC: *Acuerdo de...*, caja 1552, carpeta 128, p. 1 e *idem*: *Extractes de documents de la Coordinadora de Comissions de Pagesos del Camp de Catalunya*, s. f. [1968], caja 1552, carpeta 128, p. 3.

61 ANC, Fondo PSUC: *Elecciones sindicales en Amposta*, 5 de julio de 1975, caja 1667.

62 CEDOC, Fondo Viladot: «Editorial», *La Terra*, n.º 1, julio de 1975, caja 0689GF, p. 1. El original está en catalán. Véase en este mismo volumen el capítulo de PUTG, G.: «La

de los municipios de Cataluña y que, de hecho, sirvió, avanzado el cambio político, como base de acción opositora local en la mayoría de poblaciones rurales hasta la constitución de los primeros ayuntamientos electos en 1979⁶³.

Paralelamente a estas luchas en el vertical, la vanguardia antifranquista en los pueblos había ido construyendo espacios seguros alejados del principal escenario de la lucha de clases; alejados de los lugares de trabajo, de las cooperativas, del sindicato, etc. Puede resultar útil para comprender la importancia de estos espacios de libertad la situación de la disidencia y del jacobinismo inglés de finales del siglo XVIII en la ciudad de Londres. Según nos retrató Edward Palmer Thompson hace poco más de medio siglo en su célebre obra —y salvando las distancias profundamente distintas que separan ambas situaciones—, la Inglaterra de 1790 distinguía entre dos mundos antitéticos que se desconocían e ignoraban mutuamente. Por un lado, estaban las gentes educadas, acaudaladas y con propiedades, y por otro, «la multitud»:

El campo estaba dominado por la *gentry*, las ciudades por ayuntamientos corruptos, la nación por la corporación más corrupta de todas; pero el templo, la taberna y el hogar les pertenecían solo a ellos. En los lugares de culto que no tenían campanario, había espacio para una vida intelectual libre y para experimentos democráticos con innumerables miembros⁶⁴.

Eran unos lugares donde los desafectos y los opositores al régimen confluían con otros campesinos y trabajadores ajenos al movimiento. Allí podían expresar libremente su descontento, así como socializar actitudes y experiencias vitales de gran relevancia para la formación de su identidad. Cómo operaban exactamente estos espacios y su interacción con los sectores populares resulta difícil de rastrear. En cualquier caso, todo apunta a que resultaron esenciales en la creación de una cosmovisión compartida, una *mentalité* antifranquista que llevó a un cada vez mayor grueso de la «multitud» a implicarse en la confrontación contra el régimen. Por supues-

democratización en el campo. Formación y primeras acciones de la Unió de Pagesos en la construcción de la democracia en la Cataluña rural».

63 FERRER, C.: *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lérida: Universidad de Lérida, 2014, pp. 135-144.

64 THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing, 2012, p. 74. La palabra *gentry* designaba a los miembros de la pequeña nobleza, tanto rural como urbana.

to, la oposición imbuó sus percepciones y posicionamientos refractarios al franquismo entre la sociedad civil mediante su infatigable presencia en centros culturales, asociaciones vecinales, parroquias, cine-foros, clubes excursionistas y, en general, en todos los espacios de sociabilidad popular que entonces existían. Además, la proliferación de locales privados, como bares, librerías o espacios teatrales *amateurs*, entre otros, propiciarían un proceso de contacto, experimentación, aprendizaje y legitimación de ideas y prácticas de horizontalidad democrática latentes y sumergidas en la cotidianidad, que resultarían cruciales a largo plazo. Mediante un asociacionismo autónomo se contribuyó, sin lugar a dudas, a destruir definitivamente la hegemonía del régimen en el mundo de las ideas⁶⁵.

Esta red asociativa extensa (re)tejida por la sociedad civil ofreció unos estrechos márgenes de maniobra que fueron aprovechados por una minoría activa de personas vinculadas al antifranquismo para abrir espacios de libertad independientes a la oficialidad que facilitaron el surgimiento de una cultura política claramente disidente y forjaron una actitud «subversiva», capaz de sobrepasar los marcos de clase e ir más allá de los militantes ya existentes de las organizaciones antifranquistas⁶⁶ hasta llegar, en palabras del ministro de Relaciones Sindicales, a «colectivos hasta ese momento pacíficos»⁶⁷. La cultura oficial, contrariamente, había quedado irresolublemente arrinconada a conmemoraciones institucionales y se mostraba incapaz de ofrecer algún atractivo que consiguiera atraer a las nuevas generaciones. El antifranquismo, ante la incapacidad de articular propuestas políticas operativas, convirtió el activismo cultural en el «anzuelo» que les permitiría «canalizar alternativas formuladas independientemente de la oficialidad»⁶⁸. De ese modo, poco a poco, se fue tejiendo una extensa red

65 Véase una aproximación al asociacionismo popular durante estos años en DUCH, M.: «Sociabilitat popular a la Catalunya del segon franquisme: espais de llibertat en construcció», en R. ARNABAT y J. SANTESMESES: 1960–1980. *Transicions i canvis a les terres de parla catalana*, Barcelona: Cossetània, 2012, pp. 517–530; y MAZA ZORRILLA, E.: «Franquismo y espacios de sociabilidad», en R. ARNABAT y M. Duch (eds.): *Historia de la sociabilidad contemporánea. Del asociacionismo a las redes sociales*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2014, pp. 155–170.

66 AGA, MG: *Memoria del Gobierno Civil de Gerona*, 1976, caja 32/11454, c. 5.

67 MARTÍN VILLA, R.: *Al servicio del Estado*, Barcelona: Planeta, 1985, p. 16.

68 JARNE, A.: *L'oposició al franquismo a Lleida*, Lérida: Pagès, 1998, pp. 99–152, cita en la 102. El original está en catalán.

que asentaría las bases para la confrontación abierta contra los representantes locales del franquismo.

Sería justo en ese momento —y no antes ni después— que la vida «conquistada» por aquella mayoría social establecería las bases de una nueva situación política, una «situación política radicalmente diferente a la que se había vivido hasta entonces»⁶⁹. El cambio social era una realidad tangible hasta para las propias autoridades franquistas⁷⁰. La democracia de la que hablaban los dirigentes del régimen en aquel tiempo poco tenía que ver con aquella que los movimientos de protesta habían construido *de facto*. El propio Javier Tusell, un historiador no conocido precisamente por su radicalismo, escribió que «el cambio de mentalidad» se produjo «como resultado de la acción de determinados sectores [...] que iniciaron la protesta, la instalaron como fenómeno normal y cotidiano e incluso consiguieron conquistar parcelas irreversibles de autonomía respecto a los poderes políticos dictatoriales»⁷¹. Ciertamente es que el régimen todavía era fuerte —como se encargaría de seguir demostrando hasta el final— y el mundo construido por el antifranquismo en su lucha cotidiana no conseguiría, pese a todo, la ruptura anhelada por muchos. Sin embargo, las luchas de aquellas inmensas minorías fueron indispensables para que fracasasen las opciones continuistas del régimen después de la muerte de Franco, y para abrir un proceso de cambio político⁷². Un cambio político que ciertamente no gestionaban, pero sí condicionaban. A partir de 1976 se inauguraría un periodo de luchas que tenían su génesis en los desafíos sociales al régimen cuando todavía era fuerte, poderoso y omnipresente, aunque cada vez con más vías de agua.

69 DOMÈNECH, X.: *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell, 1966-1976*, Barcelona: Abadía de Montserrat, 2002, p. 350. El original está en catalán.

70 AGA, MG: *Memoria del Gobierno Civil de Gerona*, 1976, caja 32/11454, c. 5.

71 TUSELL, J. y QUEIPO DE LLANO, G. G.: *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973-1976)*, Barcelona: Crítica, 2003, p. 3.

72 YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona: Crítica, 2004, pp. 205-211.

6. Consideraciones finales: a modo de conclusiones

Ningún régimen político puede gobernar a espaldas de la mayoría de forma permanente⁷³. La crisis del régimen franquista había obligado a la dictadura a un serio intento de ensanchamiento de sus bases sociales; intento finalmente fracasado que daría la oportunidad de un cambio de mayor calado en 1976 e irresolublemente en 1977, con el desbordamiento supuesto por el resultado de las elecciones de junio. Por otro lado, si se considera la democracia como algo que sobrepasa los marcos de delegación parlamentaria, se torna imprescindible abordar los procesos de participación y experiencia de horizontalidad democrática desde abajo. Estudios precedentes sobre el final del franquismo advertían ya de la íntima relación existente entre sociedad civil y democratización, así como entre el ejercicio de la democracia y el propio cambio político⁷⁴. Como se ha visto más arriba en la multitud de ejemplos y dinámicas de transformación precedentes, la Cataluña rural vivió un intenso proceso de participación popular en unas luchas consideradas centrales para el devenir colectivo. Un largo proceso que se ubica entre las décadas de los sesenta y setenta —aunque de ningún modo de forma estanca. Dos décadas que cambiarían totalmente la morfología social del Estado español y que obligarían al régimen franquista a un gran esfuerzo de contención y desactivación de aquellas sinergias transformadoras. Esfuerzo que, por otro lado, no conseguiría nunca sus objetivos.

Las nuevas realidades de participación construidas por la gente de los pueblos —esos «experimentos democráticos» de los que hablaba Thompson— mediante las luchas por las mejoras de las condiciones materiales de la mayoría produjeron un profundo cambio social de aquella misma mayoría. Un cambio social creador y, a su vez, creado por espacios de encuentro, redes relacionales y procesos de (auto)organización colectiva que contribuyeron a debilitar el poder del franquismo, a generar nuevas fidelidades personales y colectivas y, así, avanzarse en el proceso democrático desde la base. Al fin y al cabo, Franco murió un noviembre de 1975 pese a los grandes esfuerzos del personal franquista, conscientes como eran de que la dictadura estaba muerta ya en la realidad cotidiana de la mayoría

73 CABANA, A.: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940–1960)», *Historia Social*, n.º 71, 2011, p. 89.

74 MARTÍN, Ó. J.: *op. cit.*, pp. 301–319.

social. Como bien señala Ismael Saz, «la sociedad marcó el camino»⁷⁵ y el mundo rural, lejos de la apatía y la desmovilización —actitudes a menudo atribuidas a sus gentes— devino un espacio en el que se desafió a la dictadura con unos resultados notorios, que consiguieron desgastar los apoyos sociales al franquismo de manera exitosa, hecho que resultó central para cuando se iniciase el cambio político en el ámbito institucional.

⁷⁵ SAZ, I.: «Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España (1969–1978)», en R. QUIROSA-CHEYROUZE (ed.): *La sociedad española en la transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2011, p. 29.

7. Bibliografía

- ALONSO, V. L. y otros: *Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-1976*, Madrid: Ayuso, 1976.
- ANDRADRE, J. A.: *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid: Siglo XXI, 2012.
- BENELBAS, L. y otros: *Unió de Pagesos. El sindicat del camp*, Barcelona: Alternativa, 1977.
- BERNAL, A. M.: «Sindicalismo jornalero y campesino en España (1939–2000)», en Á. L. VILLAVARDE y M. ORTIZ HERAS (coords.): *Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo xx*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
- BRETÓN, V.: «¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista», *Noticiero de Historia Agraria*, n.º 5, 1993, pp. 127–159.
- CABANA, A.: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940–1960)», *Historia Social*, n.º 71, 2011, pp. 89–106.
- : *La derrota de lo épico*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2013.
- COBO, F.: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*, Granada: EUG, 2012.
- DE RIQUER, B.: *Historia de España. La dictadura de Franco*, vol. 9, Barcelona: Crítica, 2010.
- DOMÈNECH, X.: *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell, 1966–1976*, Barcelona: Abadia de Montserrat, 2002.
- : «Cenizas que ardían todavía. La identidad comunista en el tardofranquismo y la transición», en M. BUENOS y S. GÁLVEZ: «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla: Atrapasueños, 2009.
- : *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939–1977)*, Barcelona: Icaria, 2012.
- DUCH, M.: «Sociabilitat popular a la Catalunya del segon franquisme: espais de llibertat en construcció», en R. ARNABAT y J. SANTEMESES: *1960–1980. Transicions i canvis a les terres de parla catalana*, Barcelona: Cossetània, 2012.

- ELEY, G.: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona: Crítica, 2003.
- FERNÁNDEZ, C. y SABUCEDO, X. M.: *Do descontento á acción. A construción social da protesta campesina en Galiza*, Vigo: Xerías, 2005.
- FERRER, C.: «Popular empowerment, peasant struggles and political change: southern Catalonia under late Francoism (1968–1976)», *Workers of the World: International Journal on Strikes and Social Conflicts*, n.º 5, 2014, pp. 39–57.
- : *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972–1979)*, Lérida: Universidad de Lérida, 2014.
- FLORES, M.: *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Bologna: Il Mulino, 1992.
- FONT, J.: *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Gerona: Diputació de Gerona, 2001.
- : «“Nosotros no nos cuidábamos de la política”. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939–1959», *Historia Social*, n.º 49, 2004, pp. 49–68.
- GALLEGO, D.: «De la sociedad rural en la España contemporánea y del concepto de sociedad capitalista: un ensayo», *Historia Agraria*, n.º 16, 1998, pp. 13–53.
- HERRERA, A.: *La construcción de la democracia en el campo (1975–1988). El sindicalismo agrario socialista durante la transición española*, Madrid: Magrama, 2007.
- JARNE, A.: *L'oposició al franquisme a Lleida*, Lérida: Pagès, 1998.
- KLANDERMANS, B.: *The social psychology of protest*, Oxford: Blackwell Publishers, 1997.
- LANERO, D. (ed.): *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968–1980)*, Madrid: Catarata, 2013.
- MARÍN, M.: *Història del franquisme a Catalunya*, Lérida: Pagès-Eumo, 2006.
- MARTÍN VILLA, R.: *Al servicio del Estado*, Barcelona: Planeta, [1984] 1985.
- MARTÍN, Ó. J.: *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966–1976*, Madrid: Catarata, 2008.
- MARTÍNEZ, A.: «Historia de Comisiones Obreras de Andalucía: desde su origen hasta la constitución como sindicato», en A. Martínez (coord.): *La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962–2000)*, Cádiz: Fundación de Estudios Sindicales, 2003.

- MAYAYO, A.: *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agrari a Catalunya, 1893–1994*, Barcelona: Afers, 1995.
- MAZA ZORRILLA, E.: «Franquismo y espacios de sociabilidad», en R. ARNABAT y M. DUCH (eds.): *Historia de la sociabilidad contemporánea. Del asociacionismo a las redes sociales*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2014.
- MOLINERO, C.: «Subsistencia y actitudes populares durante el primer franquismo», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. xci, n.º 1-2, 2014, pp. 179–197.
- MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid: Siglo XXI, 1998.
- : *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956–1981)*, Barcelona: L'Avenç, 2011.
- MORÁN, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939–1985*, Barcelona: Planeta, 1986.
- NARANCO, J.: «La agricultura y el desarrollo económico español», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 13, 1967, pp. 6–31.
- ORTIZ HERAS, M.: *Las hermandades de labradores en el franquismo. Albacete, 1943–1977*, Albacete: Diputación de Albacete, 1992.
- PÉREZ LEDESMA, M.: «“Nuevos” y “viejos” movimientos sociales», en C. MOLINERO (ed.): *La transición treinta años después*, Barcelona: Península, 2006.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, R.: «Monetarización de la economía rural en Galicia», *Ería*, n.º 48, 1999, pp. 19–30.
- SABIO, A.: «Cultivadores de democracia. Politización campesina y sindicalismo progresista en España, 1970–1980», *Historia Agraria*, n.º 38, 2006, pp. 75–102.
- SÁNCHEZ MARROYO, F.: *La España del siglo xx. Economía, demografía y sociedad*, Madrid: Istmo, 2003.
- SAZ, I.: «Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España (1969–1978)», en R. QUIROSA-CHEYROUZE (ed.): *La sociedad española en la transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2011.
- SCOTT, J. C.: *The moral economy of the peasant. Rebellion and subsistence in Southeast Asia*, Yale: Yale University Press, 1976.
- : *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla: Txalaparta, 2003.

- SIMPSON, J.: *La agricultura española (1765–1965). La larga siesta*, Madrid: Alianza, 1997.
- TAWNEY, R. H.: *Land and labour in China*, Londres: Allen & Unwin, 1932.
- TEJERINA, B.: «Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores», en P. IBARRA y B. TEJERINA (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid: Trotta, 1998.
- THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica, 1995.
- : *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (primera edición inglesa de 1963), Madrid: Capitán Swing, 2012.
- TUSELL, J. y QUEIPO DE LLANO, G. G.: *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973–1976)*, Barcelona: Crítica, 2003.
- VAN STEKELENBURG, J. y KLANDERMANS, B.: «The social psychology of protest», *Sociopedia: International Sociological Association* [en línea], 2010. <<http://goo.gl/Ieic8M>>.
- YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona: Crítica, 2004.
- YUSTA, M.: *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939–1952)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.